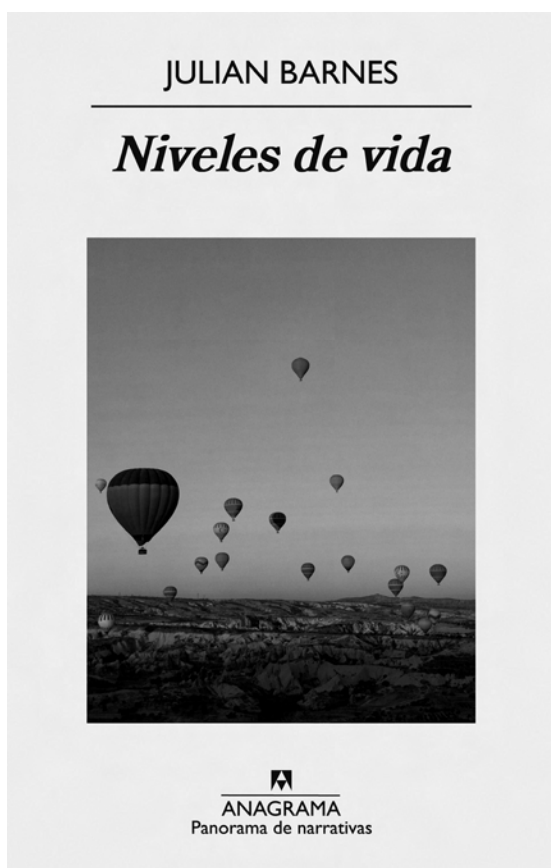


Lecturas y señales



"The cure for loneliness is solitude"

Marianne Moore



Niveles de vida, Julián Barnes
Anagrama

¿Es posible escribir en 143 páginas un tratado acerca del amor, la memoria, la historia, la muerte y el duelo? El sentido común nos indicaría que no pero la lectura del último gran libro de Julián Barnes responde que sí, dejándonos una obra que se ubica cómodamente entre lo mejor producido por el inglés, compartiendo el podio con *El sentido de un final*, *El loro de Flaubert*, *Hablando del asunto* y los cuentos de *La mesa limón*.

Apelando a un modo de narrar no lineal, estructuralmente complejo y poco convencional nos entrega una serie de reflexiones en formato de novela que sorprenden y conmueven a la par, con picos de emoción muy difíciles de igualar.

Vayamos hacia atrás: en octubre del año 2008 fallece Pat Kavanagh, adorada esposa de Barnes, a los 68 años, víctima de un tumor de cerebro que acaba con su vida en pocas semanas; el luto y el aislamiento coexistieron con una gran productividad intelectual, sin perder la ironía y el sentido del humor, que son una de las características principales de todas sus producciones. Frente a la pregunta de si la escritura le ha servido para desahogarse, Barnes responde diciendo que "... no, en absoluto. No espero de mis obras un trabajo terapéutico. Tampoco lo espero para los lectores. En algunos aspectos, esto ocurre. Por ejemplo, si llevas una vida miserable, lo cuentas en un libro, te forras y tu vida cambia: ¡eso sí es terapia!". A pesar de esta aseveración son muchos los lectores que se han acercado a Barnes para agradecerle el hecho de que haya podido plasmar en palabras emociones y pensamientos muy difíciles de aceptar y más aun de compartir.

Como escribimos en la reseña del libro de Hitchens publicada en el número anterior de *Vertex* cuando de la muerte se trata los eufemismos y las elipsis están a la orden del día; no es el caso del inglés, quien recoge el guante con reflexiones de un nivel sorprendente, tanto en sus libros como en algunos reportajes aparecidos en los últimos tiempos. Vale la pena compartir aquí sus cavilaciones referidas a estos temas: "... nosotros no solemos hablar de la muerte y menos del luto. En parte porque hasta que no dejamos de temerla, no la abordamos. Lo hemos dejado en manos de otros, como los médicos. Solíamos lidiar con la muerte en familia, pero ahora la hemos trasladado a los hospitales. Es curioso que estén otra vez dejando que la gente muera en sus casas, pero porque es más barato, no por razones humanitarias... no contemplamos la muerte como una parte consustancial a la vida, sino como un fallo médico. Y los doctores son muy malos en esto de la muerte... la contemplan como un fracaso...". Esta respuesta dada a Ruiz Mantilla en un reportaje aparecido en la revista de *El País Semanal* nos interpela directamente, al poner el dedo en la llaga en lo atinente a como el modelo médico predominante soslaya estas cuestiones, relegándolas al desván de los conceptos desestimados dando lugar a generaciones de médicos que combaten la muerte como si esta no fuera parte de la vida.

Al igual que en otros libros que comentamos en esta sección, el modelo narrativo desplegado en este texto es un poderosísimo aliado para analizar la clínica y enriquecer la mirada semiológica del terapeuta inquieto e interesado en ampliar el bagaje psicoterapéutico que lo nutre. Las reflexiones en torno al duelo y sus circunstancias que aparecen en *Niveles de vida* harían las delicias de Sigmund Freud y llevan la discusión a otro nivel con aportes sensoriales que hacen necesario leer y releer el libro con un lápiz para subrayar prácticamente todas las páginas ("... el duelo reconfigura el tiempo, su duración, su textura, su función: un día no significa más que el siguiente, ¿y entonces porque los han distinguido y les han puesto nombres distintos? También reconfigura el espacio. Has entrado en una nueva geografía, con mapas trazados por una nueva cartografía. Parece que te estas orientando con uno de aquellos mapas del siglo XVII donde aparecían el desierto de la Perdida, el Lago de la Indiferencia (sin un soplo de viento), el Río de la desolación (seco), la Ciénaga de la Autocompasión y las (subterráneas) Cavernas del recuerdo").

En los últimos tiempos asistimos a un intento de sistematizar y estructurar el proceso de duelo departe de ciertos colectivos teóricos digno de mejor causa, generando una banalización del concepto que le resta profundidad y arraigo existencial; Barnes pone las cosas en su lugar con fragmentos como el que sigue: "... quizá el duelo, que destruye todas las pautas, destruye algo más:

la creencia de que existen pautas. Pero creo que no podemos sobrevivir sin creerlo. Por eso cada uno finge que encuentra o que restablece una...".

La variedad de temas lo convierte en uno de esos contados escritores a los que jamás se les puede adivinar su próximo libro, aportando ideas desde los ángulos más diversos, habiendo sido definido por Joyce Carol Oates como "la quintaescencia del humanista", hecho fácilmente detectable en el libro que estamos comentando y en general en toda su obra; las historias de Nadar, Burnaby y la del propio Barnes se entrelazan desde una aparente desconexión hasta llegar a un vínculo muy difícil de obtener en tan pocas páginas.

Creemos nosotros que el hilo conductor está dado por el amor y por el dolor de la pérdida, como un prisma que refleja muchas caras, llegando a incluir al suicidio como opción ("... un baño caliente, una copa de vino junto al grifo, y un cuchillo japonés excepcionalmente afilado... recuerdo el momento que hizo menos probable que me suicidase. Comprendí que, en la medida en que mi mujer estaba viva, lo estaba en mi memoria. Claro que también pervivía intensamente en la mente de otras personas; pero yo era quien más la rememoraba. Si ella estaba en algún sitio, era dentro de mí, interiorizada. Esto era normal. Y era igualmente normal que no podía matarme porque entonces la mataría a ella".)

El viudo describe a lo largo de varias páginas la intolerancia del duelo en los demás, incluyendo sus propios amigos: algunos lo evitaban, otros preferían no hablar de Pat y estaban aquellos que lo trataban como a un enfermo que todavía no se había recuperado; es inevitable la comparación con aquellos terapeutas que hemos atendido pacientes que se han suicidado y la dificultad para poder encarar el tema encontrando colegas sensibles y receptivos que acompañen en aquello que Barnes llama "elaboración del duelo" ("... suena como un concepto muy claro y sólido, con el aplomo de la primera palabra. Pero es fluido, escurridizo, metamórfico. A veces es pasivo, la espera a que el tiempo y el dolor desaparezcan; otras veces es activo, una atención consciente a la muerte y a la pérdida del ser amado; a veces, necesariamente, te distrae...").

En resumen, recomendamos intensamente esta obra, creemos que los múltiples niveles de lectura que ofrece no defraudaran a ningún lector; David Natal sostiene que existe tanta verdad en Barnes cuando traslada su pérdida, que solo nos queda acompañarlo en silencio durante ese duelo final que es también un autodescubrimiento: "... a veces quieres seguir amando el dolor... no hemos sido nosotros los que hemos traído las nubes, y carecemos del poder de disparlas. Lo que en verdad ha ocurrido es que en alguna parte se ha levantado una brisa y otra vez nos estamos moviendo" ■